

# Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO  
XVIII

Redacción y Administración  
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales  
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales  
C 1.25 cada semana.

Nº.  
818

## SANTORAL

Dom. 21 **II de Cuaresma.** San Severiano obispo y mr. y los mártires Vérulo, Secundino, Sérvulo y Saturnino.

LUNA LLENA a las 8, 47 p. m.

Lun. 22 San Pedro Damiano, Pascasio, Abilio y Maximiano obispos.

Mart. 25 Santos Policarpo, Sireno y Marta virgen y mr.

Miérc. 24 San Edilberto rey, y los mártires Sergio, Lucio y Julián. *Ayuno sin abstinencia.*

Juev. 25 Santos Victorino, Nicéforo, Claudiano, Serapión y Papías.

Viern. 26 Santos Fortunato y Félix mártires y Andrés ob. *Ayuno con abstinencia.*

Sáb. 27 San Alejandro y comp. mártires y Gabriel conf.

### CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 27, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 5 de que es Celadora la Srita. Delfina Vargas.—María Santísima es: «Aquella pura santidad y santísima pureza que traspassa cuanta pureza y santidad hay en las criaturas todas, y que mereció por su dignidad incomparable ser reparadora del mundo perdido».

*San Anselmo.*

### Domingo II de Cuaresma

Evangelio según San Mateo—Cap. XVII, vs. 1-9

En aquel tiempo tomó Jesús consigo a Pedro y a Santiago, y a Juan su hermano; y subiendo con ellos solos a un alto monte, se transfiguró en su presencia, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve, y al mismo tiempo les aparecieron Moisés y Elías conversando con él de lo que debía padecer en Jerusalén. Entonces Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí; si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías. Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino a cubrirlos; y al mismo instante resonó desde la nube una voz que decía: Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias. A él habéis de escuchar. A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas Jesús se llegó a ellos, los tocó y les dijo: Levantáos, y no tengáis miedo. Y alzando los ojos, no vieron a nadie sino sólo a Jesús. Y al bajar del monte, les puso Jesús precepto, diciendo: No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

### Aplicación moral

Al atardecer de un día de agosto o de septiembre, Jesús había subido con sus tres discípulos predilectos a un monte solitario y elevado, que la tradición antigua identifica con el Tabor. Llegado a la cumbre, y ya de noche, Jesús se puso en oración. En actitud de orante, con las manos levantadas y el rostro vuelto al cielo, entró en comunicación más íntima, a nuestro modo de hablar, con su Padre celestial. El Corazón de Jesús ardía dulce y sosegadamente; pero el fuego amoroso levantaba llamas inmensas, que penetraron todo su ser. Pronto esas llamas luminosas, atravesando el tenue velo de la sagrada carne, se mostraron gloriosamente en el divino semblante y en todo el cuerpo. Su faz se puso radiante como el sol, sus vestiduras se pusieron blancas como la nieve, brillantes como la luz. ¡Qué visión tan celeste la de Jesús transfigurado en medio de las sombras de aquella noche silen-

cial! Entre tanto el Corazón sagrado levantaba nuevas llamaradas de amor: de amor al Padre celestial, con quien se regalaba, de amor a los hombres, por quienes intercedía. Más que los resplandores del rostro y que la nivea blancura de las vestiduras, atraía las miradas y complacencias del Padre el Corazón llameante del Hijo amado.

El Padre quiere honrar al Hijo de su amor: y manda a Moisés y a Elías, al gran caudillo del pueblo de Dios y al más insigne entre los profetas, para que le rindan homenaje y le honren con su presencia y acatamiento. Pero no nos distraigan Moisés y Elías. No apartemos nuestros ojos y nuestros oídos del Divino Maestro, y oigamos lo que con ellos habla. En medio de su gloria habla de nuestra redención. Vueltos los ojos a Jerusalén, muestra Jesús a Moisés y Elías un montecillo, a donde no llegan los resplandores del Tabor: y so-

bre este montecillo les hace ver una cruz, levantada entre el cielo y la tierra, como él ahora, y en esta cruz les muestra desgarrado, desangrado, muerto, este mismo cuerpo ahora tan gloriosamente transfigurado. Y en la mente de los dos profetas se fundieron en una las dos imágenes: la de Jesús transfigurado y la de Cristo crucificado... O mejor, se compenetraron las dos transfiguraciones: la transfiguración de la gloria y transfiguración del amor y del dolor.

Los destellos cada vez más deslumbradores de Jesús y las palabras de cruz despertaron finalmente a los dormidos discípulos. No hay para qué recordar las expresiones incoherentes de Pedro. Mientras Pedro hablaba, y Moisés y Elías se retiraban, la luz esplendorosa que irradiaba el Salvador se fué extendiendo y juntamente condensando en una especie de neblina luminosa, que todo lo envolvía. Desde esta «magnífica gloria», símbolo de la divina presencia, se dejó oír una voz llena de majestad, la del Padre celestial, que decía a los discípulos: «Este es mi Hijo querido, en quien tengo puestas todas mis complacencias: escuchadle». ¡Jesús, centro único de las complacencias divinas! Nada agrada al Padre celestial sino Jesu-Cristo, o lo que lleva su imagen y está unido a él: ni nosotros podemos prometernos que agradaremos a Dios sino por Jesu-Cristo y en Jesu-Cristo. Otra reflexión que deberíamos hacernos cuando sentimos que nuestro corazón se nos va hacia algo que no sea Jesu-Cristo: si Cristo tiene amabilidad para llenar la capacidad inmensa de amar que tiene el Padre celestial, ¿cuánto más la tendrá para llenar los senos todos de nuestro mezquino corazón? Ni solamente amor para nuestros corazones hemos de buscar en Jesu-Cristo, sino también luz para nuestras inteligencias.

## REFLEXIONES CUARESMALES

Vamos a examinar dos puntos: 1.º, ¿es necesario confesarse? 2.º, ¿qué bienes reporta la confesión?

Empecemos por hacer constar y reconocer el hecho; que en todas partes se va a confesar. No hay iglesia, no hay capillita siquiera, donde no se encuentre un confesonario, y siempre hay algunas personas que aguardan para llegarse a él. Pues aunque no hubiese más que una pobre o una buena mujer, como se dice, siempre tendría el derecho de preguntar qué es lo que va a hacer allí.—Confesarse, sí; mas ¿de dónde viene esa costumbre, quién pudo inventarlo o mandarlo?—Y respondo sin titubear: Dios. Sólo Dios pudo hacer tal ley e imponerla a los hombres. Y me apresuro a dar el texto y la interpretación de esa ley divina.

Dijo Jesucristo a sus Apóstoles: Los pecados que hubiereis perdonado serán realmente perdonados, pero los que no hubiereis perdonado no serán perdonados.

No pudo Jesucristo dar a sus Discípulos y a los sacerdotes, sucesores suyos, un poder vano e ilusorio; mas sin la obligación de confesar las culpas, es evidente que sería tal poder absolutamente nulo; por lo cual es preciso que el pecador vaya a buscar ese perdón divino, y manifieste al sacerdote las llagas de su alma, aún las más secretas y ocultas, puesto que, sin esa confesión, el ministro del Sacramento no podría juzgar ni pronunciar una sentencia.

Así lo ha entendido toda la tradición fiel de los siglos. Así lo interpretaron siempre los Doctores, nuestros maestros en la fe.

Id, pecador, y decid vuestras culpas al sacerdote, abridle vuestro corazón, no hay otro medio de ir al cielo.—Y San Agustín: Tenéis miedo de confesaros, de declarar vuestro pecado; os llevaréis al infierno vuestro fatal secreto.

Pero la más hermosa prueba que darse pueda de la divina institución de ese sacramento de la Penitencia y de la obligación de confesarse, es la misma existencia entre nosotros de ese sagrado tri-

bunal, y el hecho incontestable de que ya ayer se iba a confesar y se va hoy todavía, pues es imposible señalar a este hecho otra razón ni causa que una ley positiva y divina. Esto es lo que llamamos en teología el grande argumento de prescripción, y ya en el siglo tercero se servía de él Tertuliano para confundir a los incrédulos y heresiarcas de su tiempo. Probaremos de presentarlo con sencillez y con toda la fuerza de aquel gran Doctor.

Es en primer lugar evidente que fué menester una ley, pues cuesta el confesarse, y bien véis que a pesar de la ley hay muchos que se dispensan, porque no tienen valor para hacer ese sacrificio que lastima su orgullo. Mas sólo Dios pudo dar y dió realmente esa ley, como lo enseña y ha creído siempre la Iglesia, no sólo porque solamente el Dios de las misericordias pudo inventar perdón tan fácil, sino porque, si no fué Jesucristo quien erigió ese tribunal sagrado, ¿quién lo hizo, pues? Y ¿cuándo se promulgó dicha ley? Y, finalmente, ¿cómo y dónde se introdujo en la Iglesia tal costumbre? Fijáos bien en estas cuatro preguntas, a las cuales desafió a cualquiera a que conteste de otro modo que afirmando la verdad católica.—¿Quién, pues? ¿Un pontífice de Roma o de Antioquía?—¿En dónde? ¿En Jerusalén desde luego, o en Roma?—Y ¿cuándo?—¿En tal o cuál siglo después de Jesucristo?—Y, en fin, ¿cómo? ¿Fué de repente, en un día, el haber todo el mundo tomado la resolución de confesarse, o se fué poco a poco introduciendo en la Iglesia esa costumbre?

¿Es posible no ver la verdad, y que sólo Jesucristo dió esa ley y erigió ese tribunal de misericordia? No sólo lo enseñan la fe y la Iglesia, sino que la historia misma y el simple buen sentido nos lo prueban y aseguran. Pues al fin, nada hay que sea más conocido que los anales de la Iglesia. Sabemos cuánto han hecho los Papas y hasta las más menudas ordenaciones y reglamentos de su administración.

¿Y podréis creer que un día todo el mundo se puso de acuerdo sobre este punto, más importante y difícil todavía, de la obligación de confesarse para obtener el perdón, sin que se tuviera la prueba auténtica de la ley divina? Mas, lo repito, es absurdo, imposible. Queda, pues, demostrado que fué Dios mismo, Jesucristo, Salvador nuestro, quien hizo tal ley, cuyo texto hemos ya citado junto con la interpretación de los Santos Doctores y maestros en derecho divino. Si fué, pues, Él, deben todos obedecer ese precepto, y faltar a él es ultrajar a un tiempo su poder y misericordia que llama a todos los pecadores y quiere perdonarlos mediante dicha condición.

¿De qué sirve el confesarse? de otro modo, ¿cuáles son las ventajas de la confesión? La respuesta a esta pregunta formaría el asunto de un bello artículo, aun la materia de un muy útil y excelente libro. Vamos a tratar de ello en pocas y sencillas palabras.

Tocante a la sociedad en general, es cierto que la confesión bastaría a prevenir y reparar todos los crímenes, todos los desordenes que desolan la tierra, y que por consiguiente aseguraría la gloria y felicidad de los imperios y ciudades, como también la paz y dicha de las familias. En el sagrado tribunal recuerda el sacerdote a todos los hombres, grandes o pequeños, ricos o pobres, los derechos de Dios y los del prójimo; y cita el texto de las leyes divinas, cuya ignorancia o desprecio tantos males acarrea al mundo. Estas santas leyes prescriben la sumisión a los poderes de la tierra, y obligan a reparar las injusticias cometidas contra el prójimo, de tal modo que el sacerdote no puede absolver sino con esta condición. Es un axioma de teología moral.

Pues, ya lo véis, una ciudad en que todos se confesaran sería un pequeño paraíso. ¡Cuántos vicios menos! ¡cuántas virtudes más! No me gustaría, pues, en manera alguna vivir en una ciudad en donde

mucho se confesase: ciertamente habría en ella muchas virtudes menos y muchos vicios más.

En el seno de las familias es donde son más sensibles aún las ventajas de la confesión, y ¡qué bien se nota la diferencia! Los padres, los hijos, los criados, todos ganan con ella. El padre es más fiel a sus deberes; la madre más amable, sumisa y paciente; los hijos más buenos y obedientes, y trabajan mejor; los criados, por su parte, son más honrados, afectos y laboriosos. Mas ¡cuántas miserias luego que alguno deja de confesarse! lo repito, ¡qué diferencia!

## EL CIUDADANO DE LA CIUDAD DEL BIEN SE DEIFICA EL DE LA CIUDAD DEL MAL SE DEGRADA

No se necesitan muchas palabras para demostrar una cosa tan evidente... Porque los ciudadanos de cada ciudad siguen naturalmente, a su respectivo monarca, a quien imitan y con quien procuran identificarse, cuanto es posible, con la comunión de afectos, aspiraciones y sentimientos. El amor es virtud unitiva y transforma al amante en el amado.

Ahora, pues, el rey de la ciudad del bien es Dios: luego los ciudadanos que se unen a él por la fuerza asimilativa del amor se endiosan y deifican.

Por la misma manera, el rey de la ciudad del mal es el demonio: luego los moradores de esa ciudad que se revisten de los afectos y sentimientos del demonio se convierten, por imitación, en otros tantos demonios, participan de las cualidades que distinguen a esa gran bestia, según le llama la Escritura, es decir, se degradan.

Esto es tan obvio, que únicamente lo podrá extrañar quien no esté familiarizado con la lectura de los libros santos y desconozca la virtud de la gracia divina que, por los méritos de Jesucristo, se da a todos los justos, y habita en los ciudadanos de la ciudad del bien.

Permaneced conmigo, dice el Espíritu Santo, y os haré hijos de Dios: semejantes a Dios por el ser divino que os comunico con la infusión de la gracia, por la verdad de vuestros pensamientos, nobleza de vuestros afectos, santidad de vuestra vida, hijos de Dios, herederos del cielo, destinados a vivir conmigo eternamente y a gozar de mi misma dicha y bienandanza.

Levanta, querido lector, levanta los ojos al cielo, y penetrando allí con el pensamiento en alas de la fe, contempla a los ángeles y santos resplandecientes de gloria, inundados de delicias, participando de los divinos atributos, inteligencia, fuerza y bondad, transformarse en Dios de la manera que la criatura puede convertirse en el Criador y lo finito se puede hacer uno con lo infinito.

Dios mismo es el encanto, la gloria, el gozo y vida de los bienaventurados. Como una gota de agua vertida en un cántaro de vino de tal manera se junta con el vino que viene a convertirse en él, así el hombre, entrando en aquel mar inmenso de la esencia y naturaleza divina se une y junta con Dios, que viene a hacerse un mismo Dios con él.

Dios es la luz de nuestro entendimiento, el amor de nuestra voluntad, la vida de todo nuestro ser.

¿Puede darse mayor grandeza, deificación más sublime?

Y esto no son meras palabras o exageración oratoria: es la pura verdad expresada en términos toscos que dicen todavía mucho menos de lo que es en sí, y no llegan de cien leguas a la misma realidad; porque, como escribe San Pablo, ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano puede comprender lo que Dios tiene reservado para los que le aman, para los ciudadanos de la ciudad del bien.

Claro es que esta deificación consumada se verificará en los esplendores de la gloria, cuando se rasgue el velo que circunda y envuelve a nuestro cuerpo mortal; pero entre tanto esta esperanza nos

sustenta, vivimos de fe, y por la gracia divina que dignifica nuestras obras y nos hace hijos de Dios, nos encubramos aun en este mundo sobre todo lo criado y merecemos la deificación de la gloria eterna, que como premio y corona y galardón nos ha de dar nuestro Rey. La gracia es semilla de la gloria.

\*\*\*

Lo contrario sucede con los habitantes de la ciudad del mal.

Cuando el demonio se apodera de un hombre no para un punto hasta transformarlo en sí. Le inspira sus sentimientos diabólicos, su aversión a todo lo santo, particularmente a la oración, a la obediencia y a la humildad; sustituye en su lugar el orgullo satánico y la estima de sus propias fuerzas, aviva sus pasiones más vergonzosas e infúndele su mismo espíritu de insubordinación y libertad, espíritu liberal, que consiste esencialmente en mirarse uno como emancipado del Criador, y en obrar, hablar y pensar como le acomode, sin sujeción a las leyes y autoridad de Dios, de la Iglesia y de las potestades bien ordenadas. Por esto son los liberales secuaces e imitadores de Lucifer.

No necesita este más para convertir al hombre en bestia. Comer, beber, dormir, andar y correr... son las ocupaciones de los brutos animales; nada de raciocinio y sentimiento espiritual que se levante sobre los sentidos. Pues bien: el hombre animal, el hombre-bestia, no percibe las cosas que son propias del espíritu; en cambio los apetitos inferiores se desencadenan de una manera prodigiosa, la vida sensual adquiere un desarrollo inaudito y unas proporciones que dejan muy atrás al instinto de conservación de los animales; comer, beber, gozar, es el sublime ideal de esos seres degradados.

Y no es extraño. El laboratorio de la vida animal es el vientre. Luego natural es que al vientre se refiera en último resultado la vida de todo hombre que se hace súbdito de aquél que se llama la bestia, la bestia por antonomasia, la bestia en todos sentidos. En esto se funda aquella palabra tan enérgica y exacta que emplea el Apóstol para definir a los miserables rebaños de Epicuro, llamándolos *adoradores del Dios-vientre*.

Y como si todo esto no fuera bastante degradación, aún quiere el demonio, para completar su obra y asegurar la presa, poner sobre la frente de sus adeptos su sello y como marca registrada de fábrica, el sello del demonio y la marca del pecado, con lo cual no hay peligro que se pierda la mercancía, que bien facturada va a la estación del infierno.

## ACTO DE OFRECIMIENTO

Nuevo tu día para mí comienza:  
Nuevo a mis ojos resplandece el cielo:  
El nuevo día que me das, Dios mío,  
Yo te lo ofrezco.

Alma me diste de pensar dotada:  
Habla y acciones por tu gracia tengo:  
Obras, palabras, pensamientos, todo  
Yo te lo ofrezco.

Tierra prestada peregrino habito:  
Mi ser, mi vida y corazón te debo:  
Cuanto respiro, cuanto tengo y amo  
Yo te lo ofrezco.

Misero a veces el dolor me aflige.  
Plácido a veces sonreír me veo:  
Goces y penas y aflicciones, todo  
Yo te lo ofrezco.

Viviente ahora, cuando caiga el día  
Acaso lance el postrimer aliento:  
Por lo que pueda suceder, mi muerte  
Yo te la ofrezco.

## AL SANTO DEL DÍA

Tú eres hoy quien protege desde el cielo  
Al día que sonrío en el oriente:  
Sé, pues, también en él quien en mi duelo  
Proteja contra el mal mi alma doliente.

Y ya que tú también peregrinando  
Un día en este mundo te encuentras,  
Y que el fiero dolor que estoy pasando  
Para llegar a Dios, también pasaste;

Si alguna vez en triste desaliento  
Mi débil corazón sin fuerzas cae,  
Con tu pasado y terrenal tormento  
Tus glorias de hoy a mi memoria trae.

Ruega, pues, al Señor por la alma mía,  
Y haz que tu amor junto a su amor me excuse,  
Que nada habrá que en tu solemne día,  
Como lo pidas tú, Dios me rehuse.

## UN GRITO DE ALARMA

En Francia empiezan a alarmarse los buenos patriotas, no de que sobren religiosos, sino de todo lo contrario. Monsieur Ed. de Kaiser ha escrito un documentado e interesante libro sobre el «Gran peligro de la Francia Misionera». El mariscal Lyautey, que escribe el prefacio de dicha obra, declara que en todos los lugares donde ha vivido la vida colonial, en Extremo Oriente, en Indo-china, en Madagascar, ha encontrado que las Misiones constituyen focos intensos de paz, de orden, de educación y de formación moral y social. «Yo los he visto—dice—representando a Francia en los rasgos más nobles de su fisonomía histórica y de su misión civilizadora, haciéndola respetar y amar. Esta acción fecunda de nuestros misioneros, de la que nuestra patria obtiene tantos beneficios, es la que ha querido mostrar en toda su belleza y su fuerza la Exposición colonial de 1931, representa así el más valioso auxilio a los que han tomado sobre sí la tarea de conjurar los peligros: hostilidad, indiferencia, trabas jurídicas, dificultades opuestas a su reclutamiento, que de tantos años acá han pesado sobre la Francia «misionera». Hasta aquí son palabras del mariscal Lyautey.

La sustanciosa exposición que hace M. de Kaiser de la acción del misionero termina con este grito de alarma: «En todas partes disminuyen en número nuestros misioneros. En ciertos lugares han sido reemplazados... Cuando no los tengamos, nuestra influencia habrá concluido. Pero no pueden reclutarse misioneros si las Ordenes religiosas son privadas de enseñar, de formar un plantel de jóvenes entre los que surgirán nuevas vocaciones...»

En Francia, el anticlericalismo radical suele tener un límite: el patriotismo, la conveniencia de la nación; por eso mismo hay anticlericalistas que defienden y aplauden a los misioneros religiosos.

## LA JUSTICIA DE DIOS...

«Catalunya Social» cuenta el caso acontecido recientemente en Castellet, pueblo cuyo famoso alcalde capitaneó un pelotón de gente maleante con propósito de prender fuego en Manresa a la santa Cueva de San Ignacio. En ese pueblo de Castellet fué en donde una infeliz mujer tales injurias y tan horribles blasfemias barbotó en un mitín contra Dios y contra la Virgen Santísima, que hasta la misma gente anticlerical se hacía cruces al oír a aquella mujer que tenía trazas de verdadera endemoniada.

Pero ¡qué casualidad! Esta energúmena hoy se halla en apurado trance. Un cáncer la está matando, un cáncer que radica cabalmente en la lengua maldita que tantas y tan horripilantes blasfemias había barbotado.

Otro caso: Una de las mujeres de Monistrol que azuzaban furiosamente a los hombres para que subiesen a Monserrat a injuriar a los monjes y a quemar aquel espléndido palacio de la Santísima Virgen, ha muerto quemada en su propio domicilio. Justo castigo de la que quería abrasar en su propia casa a la Inmaculada reina de los cielos.

## CADA CUAL ES HIJO DE SUS OBRAS

No es verdad lo que suele decirse de que el interés particular sea una guía segura, y que con respecto a él raras veces el hombre se equivoque.

En esto, como en todo lo demás, andamos inciertos; y en prueba de ello tenemos la triste experiencia de que tantas y tantas veces nos labramos nuestro infortunio.

Lo que si no admite duda es que, *así por lo tocante a la dicha como a la desgracia*, se verifica el proverbio de que *el hombre es hijo de sus obras*.

En el mundo físico como en el moral, la casualidad no significa nada.

Es cierto que en la inestabilidad de las cosas humanas ocurren con frecuencia sucesos imprevistos que desbaratan los planes mejor concertados, que no dejan recoger el fruto de atinadas combinaciones y pesadas fatigas, y que, por el contrario, favorecen a otros que, atendido lo que habían puesto de su parte, estaban lejos de merecerlo; pero tampoco cabe duda en que esto no es tan común como vulgarmente se dice y se cree.

El trato de la sociedad, acompañado de la conveniente observación, rectifica muchos juicios que se habían formado ligeramente sobre las causas de la buena o mala fortuna que cabe a diferentes personas.

¿Cuál es el desgraciado que lo sea por su culpa, si nos atenemos a lo que nos dice él? Ninguno, o casi ninguno.

Y, no obstante, si nos es dable conocer a fondo su índole, su carácter, sus costumbres, su modo de ver las cosas, su sistema en el manejo de los negocios, su trato, su conversación, sus modales, sus relaciones de amistad o de familia, raro será que no descubramos muchas de las causas, si no todas, de las que contribuyeron a hacerle infeliz.

Las equivocaciones sobre esta materia suelen nacer de que se fija la atención en un solo suceso que ha decidido de la suerte de la persona, sin reflexionar que aquel suceso, o estaba ya preparado por muchos otros, o que sólo ha podido tener tan funesta influencia a causa de la situación particular en que se hallaba la persona, por sus errores, defectos o faltas.

La suerte, próspera o adversa, rarísima vez depende de una causa sola; compléanse por lo común varias, y de orden muy diverso; pero, como no es fácil seguir el hilo de los acontecimientos al través de semejante complicación, *se señala por causa principal o única* lo que quizás no es otra cosa que un suceso determinante, o una simple ocasión. BALMES

## UN SUEÑO TERRIBLE.—MAS VALE

Tuvo un sastre un sueño terrible.

Vió que le pasaban por la cara una enorme bandera, formada de todos los retazos que había robado a los parroquianos.

Contólo a su mujer, y cuando ésta veía que estaba cortando alguna prenda, le decía: «¡Antonio acuérdate de la bandera!»

Antonio se contenía, y así estuvo mucho tiempo sin robar.

Pero una vez le tentó tan fuerte la codicia, que se guardó un gran trozo de tela.

«¡Antonio, acuérdate de la bandera!» le dijo su mujer.

«Mujer», saltó el sastre, «de este color no recuerdo que hubiera retazo alguno en la bandera».

¡Cuántos ladronzuelos por estos mundos!

No piensan los infelices que las prendas o monedas que han robado, las encontrarán todas en el valle de Josafat, y estarán ahí para avergonzarlos delante de todo el mundo...

Más vale pobre honrado, que rico ladrón.

Más vale ir al cielo pobre, que al infierno rico.

Más vale sufrir en la tierra y gozar en el paraíso, que no gozar en la tierra y penar en el infierno.